

ROBERT CANER-LIESE, *El primer Romanticismo alemán. Friedrich Schlegel i Novalis*, Edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 2018, 229 pp. ISBN: 978-84-91681205

El Prof. Dr. Caner-Liese nos ofrece un estudio monográfico sobre la filosofía del Romanticismo temprano a partir de sus dos figuras clave: Friedrich Schlegel y Novalis; un tema de especial problemática tanto por lo que hace a la dificultad en sí de su objeto como por la forma académica de abordarlo. Ambos aspectos convergen en la forma asistemática y fragmentaria del pensamiento de ambos autores, dificultando cualquier tipo de exposición sistemática. No obstante, el autor ha sabido resolver estos problemas de forma excelente. Por lo que hace a la perspectiva disciplinar, las intenciones filosóficas de ambos autores han quedado enterradas en la historia de este país, pues, si bien disponemos de algunas traducciones, carecemos de estudios que vayan más allá de sus aspectos literarios. Respecto a la esfera desde que el tema se aborda – la filosofía – podríamos distinguir una mixtura hermenéutica, pues el autor se centra tanto en subrayar la cercanía entre idealismo y romanticismo – línea de lectura donde destacaría Frederik Beiser – como sus respectivas distancias – posición hermenéutica en la que resalta Manfred Frank.

231

Desde la perspectiva de la carrera del autor, este escrito parece que haya surgido con la máxima naturalidad posible, pues, con un espíritu particularmente romántico, siempre se ha mantenido allí donde la filosofía y la literatura han entrado en contacto – lugares, cabe decir, donde la *estética* ha cobrado una importancia decisiva para el desarrollo del pensamiento humano. Esa proyección se hace patente no sólo en su trabajo como traductor y editor, sino también como escritor; entre ambas dimensiones cabe destacar, respectivamente, las *Notas de literatura* de Adorno, los *Estudios sobre Fichte* y los *Fragmentos* de Novalis; y *Gadamer, lector de Celan*, además de numerosos artículos en revistas académicas.

La solicitud del análisis del Prof. Caner-Liese lleva a dividir el libro en dos grandes partes, encargadas de analizar individualmente el pensamiento filosófico de Schlegel y Novalis. Esta división es representativa del estilo pedagógico de esta monografía, pues permite fácilmente discernir no sólo sus similitudes, sino también sus diferentes propuestas filosóficas.

De forma muy acertada, el comienzo de la primera parte trata la “fiebre griega i el furor objetivo” del joven Schlegel a partir de su primera aportación rigurosa al ámbito de la teoría e historia del arte, *Sobre el estudio de la poesía griega* (1795), en el contexto de la *querelle des anciens et des moderns*; problema histórico fundamental que llega a Alemania a partir de las grandes aportaciones históricas de Winckelmann. Como resultado de esa querrela, la propuesta estética de Schlegel ya nos es generalmente conocida: “la filosofía poetiza y la poesía filosofa: la historia es tratada como si fuera poesía y esta, en cambio, como si fuera historia”. En la teoría del arte moderno lo universal, la regla, y su armonía con lo concreto, es decir, lo *bello*, ya no puede ser el ideal estético - falta que, sin embargo, gracias a obras como la *Crítica del Juicio* de Kant, tampoco supondrá una caída en el escepticismo estético. La tensión entre la forma del arte y su continua crítica será de lo más fructuoso para el mismo Schlegel, pues precisamente será el primer paso para el desarrollo de su propio “modelo dialéctico”.

Tras destacar estos rasgos germinales de la teoría estética de Schlegel, Caner-Liese se centra en sus dos principales fuentes filosóficas: Friedrich Heinrich Jacobi – el “creyente libertino” – y Johann Gottlieb Fichte – máximo exponente de la actividad filosófica para el romanticismo, hasta el punto de que filosofar y “fichtear” devengan sinónimos. Tras el amplio estudio de la obra de Jacobi, Schlegel se encargará de la reseña del *Philosophisches Journal* de Niethammer; escrito evaluado como su “debut filosófico”, pues en él se aprecia cierto posicionamiento respecto a su contexto filosófico – una posición que se distancia radicalmente del intento de encontrar un principio absoluto, necesario y verdadero para que la filosofía pueda convertirse en ciencia. Si bien, siguiendo a Fichte, la filosofía se convertirá en el “sublime objeto” que permita al Yo elevarse por encima de la experiencia, su concepto sólo encontrará validez en el fragmento crítico: una forma de emprender el camino hacia lo absoluto bajo el supuesto de ser, paradójicamente, inalcanzable. A parte de esta distancia metodológica, durante estos “años de aprendizaje filosófico” Caner-Liese enfatiza una de las grandes críticas que se han llegado a plantear a la filosofía de Fichte: su misticismo, la búsqueda de una identidad entre el sujeto y el objeto: la *intuición intelectual*. No obstante, cabe indicar que entre los “ismos” filosóficos - materialismo, empirismo, idealismo- el misticismo será también de las más valoradas por Schlegel.

Toda esta formación filosófica de Schlegel parece cristalizar en el intento de establecer una propuesta filosófica que se convertirá en la tesis básica de su romanticismo: un “imperativo hermenéutico” que juega polémica y críticamente en los “límites de la comprensión”. “El criticismo es la base del sistema” - nos dice de forma abreviada Schlegel. Si esto le hace acercarse a una postura más kantiana, renunciará de forma radical a

su “ahistoricismo”, el olvido del sustrato histórico del que dependen las ideas. Es aquí donde la filología cumplirá un papel esencial, pues permitirá una dialéctica entre la letra – el aspecto finito y limitado – y el espíritu – lo infinito – de la obra de arte. Esta dialéctica cobrará su formulación definitiva en el concepto de “ironía socrática” como metodología de un “sistema de fragmentos” y de “progresión de proyectos” que nunca llegan a realizarse. De este modo, la obra de arte se resuelve como la realidad efectiva de la dialéctica entre la oposición y destrucción mutua entre lo finito y lo infinito.

A continuación, llega la siguiente parte del estudio, centrada en el análisis del pensamiento filosófico de Novalis. A nuestro juicio, esta parte, un poco más breve que la anterior, puede resultar un poco más compleja, pues toda la mayor parte de la reflexión de Novalis parte de un monólogo interno con el idealismo de Fichte; en muchos de estos textos filosóficos – entre los que cabe destacar *Cristiandad o Europa o Polen* – Novalis parece poetizar mucho más que filosofar.

Novalis se encargó de estudiar la filosofía de Fichte entre 1795 y 1756, surgiendo de ello *Los estudios sobre Fichte* - un conjunto de notas nunca publicado, pero que sirven al investigador para comprender la esencia filosófica de su obra literaria. La tesis básica de la que parte el romántico es la constatación de que el modelo reflexivo no puede explicar el fenómeno de la autoconciencia, pues ella siempre descubre una representación posterior al objeto que pretendía buscar: la identidad. Sin embargo, buscar un saber previo a la escisión sujeto-objeto – aquella intuición intelectual – será para Novalis algo incompatible con el conocimiento de las cosas finitas. Ante este límite, la única forma de exposición de ese saber deberá tener por principio el “sentimiento”, el “sentimiento de uno mismo” y la “creencia”. “Los límites del sentimiento son los límites de la filosofía” – dice Novalis. Este lugar no conceptual será el lugar de mediación, de un “oscilar” imaginativo entre una serie de oposiciones como el ser y el no ser, el sujeto y el objeto. Este movimiento de la conciencia definirá, a su vez, una estructura histórica triádica en el que el principio – el yo – es un segundo *momento* de un comienzo y presupuesto ideal que tiende activamente a lo absoluto sin nunca alcanzarlo. Este devenir cíclico – tan especulativo como histórico – y que compartía con Schlegel, le lleva en 1798 a proyectar una “nueva Biblia” como libro ideal. Pero esta intención no tiene la pretensión de realizar una especulación o saber absoluto, sino que será el lugar propicio de la intención “enciclopedista”, representación fragmentaria, romantizada – novelada – de una vida que se destruye a sí misma. Esta posición le llevará a una distancia análoga a la que Schlegel tomó ante Kant y Fichte: un “criticismo” donde el realismo y el idealismo lleguen a una polémica síntesis.

Estos aspectos filosóficos llevarán a una interesante disputa entre Fichte y Novalis a propósito de la filosofía del lenguaje. Mientras que el primero sostenía un concepto de lenguaje totalmente instrumental y pasivo, mera materia sin autonomía, para el segundo el lenguaje se inserta en una problemática esencial para la filosofía de la época, un problema que para Kant suponía el límite de la filosofía: el lenguaje es el lugar donde se *esquematiza*, es decir, donde lo universal y lo particular, la razón y la sensibilidad, encuentran su punto de tránsito y unión. Caner-Liese resalta este planteamiento hasta el punto de calificarlo como la “continuación y profundización del giro copernicano kantiano”. Este punto central de la filosofía de Novalis adelanta la reflexión sobre la poética romántica como colofón del libro, lugar donde se comenta cómo Novalis subordina la filosofía a la poesía: “La filosofía es la *teoría* de la *poesía*”.

Caner-Liese es, sin duda, un referente en los estudios sobre estética romántica. La poesía de Novalis, tan analizada y comentada, queda traicionada cuando se evade su esencia filosófica; dimensión que, hasta ahora, había quedado en tierra de nadie. Por parte de los estudios sobre las investigaciones filosóficas de Schlegel, podríamos decir que, a nivel nacional, los estudios son casi nulos. A partir de ahora, cualquier estudiante o investigador del romanticismo temprano deberá pasar obligatoriamente por este libro.

Para concluir esta reseña es preciso indicar algunos límites del estudio. Por un lado, podría objetarse la falta de una reflexión ulterior, cierto contexto hermenéutico con el que lo “contemporáneo” pueda llegar a sentirse identificado; en otras palabras, qué lugar tenga la estética en los estudios actuales: qué es aquello que los románticos podrían enseñarnos para comprender fenómenos tan caóticos como el arte o la literatura. Pero esta objeción queda invalidada en cuanto esta tarea queda bajo la responsabilidad del lector. Caner-Liese es perfectamente consciente de ello, y para que no parezca lo contrario indica alguna referencia a Adorno o a Benjamin para que podamos discernir los problemas principales de la estética contemporánea.

Si bien un estudio no debe salirse de los límites de la cosa misma, hay un aspecto que, si bien trasciende el libro que comentamos, cobra un papel fundamental a la hora de abordar el romanticismo: la *palais diaphora* – antigua querrela – entre los filósofos y los poetas. Aquí nos estamos refiriendo a la crítica de las artes por parte de Platón en el libro X de la *República*. Los argumentos en este libro son de naturaleza ontológica y teológica: por un lado, el arte, como mera mimesis del mundo aparente, se convierte en la copia de la copia del mundo de las ideas; por otro, el arte no hace sino dar una falsa imagen de los dioses. Sin embargo, habría que resaltar aquí un tercer elemento más esencial: la ironía. Si Platón quemó sus comedias seguramente se debió al hecho de

que encontró una esfera donde la ironía podía cobrar una potencia más elevada y que su maestro Sócrates le enseñó: la filosofía. Sobre esta tensión entre filosofía y poesía dirá Schlegel ingeniosamente, la “filosofía es la auténtica patria de la ironía” y seguidamente: “Únicamente la poesía puede alzarse también desde este aspecto a la altura de la filosofía... Hay poemas antiguos y modernos que, en su totalidad, exhalan por doquier universalmente el divino hálito de la ironía”. Por tanto, la pregunta debería ser la siguiente: ¿podría llegar a plantearse el romanticismo la continuación de la *palaia diaphora*? ¿Es el romanticismo el intento de los poetas para volver hacer de la poesía la patria de la ironía?

Si bien estas preguntas no deben quedar aquí resueltas, sí que es posible llegar a un problema aún más fundamental y urgente: definir la *mortalidad* de la estética. Por si fuera necesario recordarlo, la estética no define qué sea el arte, sino que realiza la exposición de su idea; algo que disciplinas como la literatura comparada – cuyo paradigma descansa en la infinitud relacional de la literatura – no llegan a alcanzar por la raíz misma de su planteamiento – se quedan al nivel del concepto. La estética ha muerto antes de nacer: el objeto al que le iba a dedicar amor y atención se rebela contra ella. Un ejemplo excelente de esta postura se encuentra en el afamado Tàpies: “el arte contra la estética” – afirma taxativamente. Poniendo esta disputa sobre la mesa quizá nos estamos saliendo de los parámetros del libro, pero, a nuestro juicio, nos acercamos un poco más al núcleo del pensamiento romántico. Y esto quizá debería ser el papel fundamental de una reseña: confrontar las ideas expuestas con la formación del libro. Si el conjunto de estudios monográficos llegase a devenir la imagen filosófica de una época, la reseña debería cumplir el factor esencial de despertar en ella el núcleo ideal que contiene, formándose progresivamente una red donde la idea filosófica y el sobrio análisis puedan encontrar su equivalencia.

En definitiva, la disputa por la ironía es algo que deberíamos llevar hasta sus últimas consecuencias para que pueda seguir transitando el camino de la razón: la verdad del arte depende de su destrucción. Y esto es confirmado por la historia: el arte se ha convertido en la descomposición del arte – ha devenido filosófico. Teniendo esto en cuenta, podremos librarnos de la cultura espectacular y *snoob* que nos rodea, pues podremos ciertamente salir del hechizo de la belleza; algo que nuestro tiempo no es capaz de romper y cuyo destino no hace sino reforzar su apariencia infantil y de archivo. El juicio que lo abarque deberá tener esto como el punto al que debe dirigirse, y no intentar mantener esta ruina con la embellecedora pompa de la publicidad y la comunicación. Olvidar la belleza como ideal del arte es una de las grandes lecciones de la filosofía romántica – fin que, gracias a estudios como el expuesto aquí, estamos más cerca de alcanzar.

Pablo A. Genazzano